



LETRAS
DEL DESIERTO

Fuera de...

VÍCTOR
VENTURA

- CUENTO -



LETRAS
DEL DESIERTO

ING. JOSÉ MARÍA FRAUSTRO SILLER

PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

LIC. LETICIA AURORA RODARTE RANGEL

DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA

LIC. GABRIELA ROMERO PINTO

COORDINADORA EDITORIAL

SALTILLO, 2022

ISBN: 978-607-8419-70-8

D.R. Gobierno Municipal de Saltillo

D.R. Instituto Municipal de Cultura

© D.R. Víctor Guadalupe Ventura de León

Editores: Leticia Rodarte/Gabriela Romero/Mario Villanueva

Corrección: Indira Kaiceros

Ilustración de colofón: Memo

quintanilla  ediciones

Diseño de la colección: César Ulises Nájera Zapata / Miguel Gaona

Diagramación: César Ulises Nájera Zapata

Fotografía de contraportada: Arnulfo Moreno V.

www.quintanillaediciones.com

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

Fuera de...

V Í C T O R
V E N T U R A



Saltillo
Gobierno Municipal
2022 - 2024



Saltillo nos une.



**Instituto Municipal
de Cultura**



La colección “Letras del Desierto” que presenta el Gobierno Municipal de Saltillo 2022-2024 es una plataforma que permite a los escritores locales, de diversos géneros, dar a conocer su obra. Está demostrado que el acercamiento a la cultura fortalece la identidad e inclusión social, cataliza la diversidad y es un eje transversal en el desarrollo local.

Dentro de las artes, la literatura es la que permite al ser humano expresarse por medio de las palabras para despertar la imaginación y abrir nuestros sentidos a otros universos, cumpliendo diversas funciones, entre las que destacan la estética, la ética social y educativa.

La literatura nos da la oportunidad de ampliar nuestro conocimiento a través del pensamiento creativo, y permite que nuestra imaginación converja con la realidad que el autor ha creado.

Uno de los principales objetivos del actual Gobierno Municipal es apoyar al talento local para crear un semi-llero cultural que tenga un impacto positivo en la sociedad. Impulsando estas actividades, fortalecemos nuestra

riqueza, así como el patrimonio artístico y cultural de Saltillo.

A través de proyectos como “Letras del Desierto” acrecentamos el impacto positivo en la sociedad que deriva del arte, y detona el nacimiento de más mentes creadoras que propician el surgimiento de escritores y escritoras en la ciudad, además de atraer a más ciudadanos al maravilloso mundo de la literatura.

José María Fraustro Siller
Alcalde de Saltillo

La mejor manera de motivar la creación artística y de fomentar la cultura es propiciar las condiciones para que existan receptores del quehacer y la producción cultural.

Razón por la cual el Gobierno Municipal de Saltillo 2022-2024, encabezado por José María Fraustro Siller, se ha dado a la tarea de impulsar un proyecto que tiene como objetivo estimular el talento de autores saltillenses y, a la vez, hacer de Saltillo una ciudad de lectores.

La colección editorial “Letras del Desierto” es un esfuerzo de este Gobierno Municipal, a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, por fortalecer el ecosistema cultural, educativo y artístico saltillense, permitiendo posicionar la obra de autores locales.

Saltillo es una ciudad que ha demostrado contar con talento para las letras en sus diferentes géneros. Este proyecto nos permitirá realizar un viaje de exploración que rescata el valor de nuestras plumas y letras locales.

Se da espacio a una multiplicidad de voces, haciendo eco en una misma colección. Será también atractivo para el lector la variedad y la accesibilidad de las creaciones que conforman “Letras del Desierto”.

Leticia Aurora Rodarte Rangel
Directora General del Instituto Municipal de Cultura



**Fuera
de...**

“La vida es sueño...”.

Pedro Calderón de la Barca

“Ya dijo un loco:

‘La pluma es la lengua del alma: cuales fueren los conceptos
que en ella se engendraren, tales serán sus escritos’”.

Miguel de Cervantes Saavedra,

Don Quijote de la Mancha

“*Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*”.

Aristóteles

LA LIEBRE

La Liebre soñaba con el futbol, vivía el futbol, entre goles y amores imposibles; en historias de películas; en bailes y canciones. Bebía cerveza cada atardecer; con crudas antes del alba.

Quería recorrer todos los poblados para convertirse en letra de una canción o corrido: “No soy monedita de oro para caerle bien a todos...”, “Gabino Barrera no entendía razones andando en la borrachera...”, “Ya llegó el que andaba ausente...”, “Día tras día, con la esperanza de encontrarte, día tras día, como sale el sol saldré buscarte...”, “No importa la edad ni el color de sus ojos, yo busco igualdad, en cuestiones de amor... tal vez seas tú, o tú, o tú, o tú, la que busqué mi alma: un sueño realidad...”, “Agustín bajaba, bajaba a caballo y lo traicionaron por calle de Bravo...”, “Juan Nepomuceno Cortina sacó para

los gringos pistola y carabina... ¡Que viva Juan Nepomuceno!”, “En un barrio de Saltillo Rosita Álvarez murió...”.

Buscaba un amor cada mañana. Un balón todas las tardes y tormentos por la madrugada. Se tatuaba cada canción dentro de la piel, se sentía rey: “Con dinero o sin dinero, hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley...”.

Siempre con su costal de insomnio.

—Hijo, si no puedes dormir, levántate y corre. Corre, siempre corre. Todo se irá poco a poco: las voces, los miedos, los fantasmas, la neblina. No necesitas de ningún té, de ninguna pastilla, de baños de la suerte, mucho menos de barridas con huevo, marrubio, piedra alumbre o pirul.

La Liebre se perdía en el fuego. En cada lumbre, un recorrido, una purificación, un sueño. Vida entre llamas azuladas. Humo lleno de rostros y caídas. La leña nunca fue suficiente para atizar el ardor de su interior.

—Nunca creas en la mujer que llora. En unos ojos verdes. Jamás pruebes el néctar de sus lágrimas, ¡jamás!, escuchaste bien: ¡jamás!

Noches agitadas. En busca de una cura, una salida. La ilusión para encontrar una respuesta y saciar el vacío. Un constante reto a la muerte. Noches de golpes, de intrigas, de besos furtivos, de huidas... noches llenas de desesperación, de caída tras caída en el abismo. Banquetes de lodo. Gritos de gritos dentro de gritos. Idas y regresos. Juegos de vómito y sangre.

—¡Cabrón, no te detengas! ¡Corre, es tuyo! ¡Ahora, ahora!

Un boleto sin regreso.

Intrincado en palabras de hombre, sin pensar en el mañana, en retos y apuestas por orgullo: “La vida es hoy”, “Mundo chingado, ahí te quedas”, “No somos nada...”.

—El amor no existe. No seas débil.

Vivía cada fin de semana al límite, sin pensar en el mañana, ensimismado en el hoy. En una loca carrera por litros de cerveza y bebidas delirantes. Fiestas y bailes convertidos en cotos de caza, zonas de experimentación de una fútil valentía. De un machismo eterno. Domingos llenos de jaqueca y futbol. Un juego de hombres, de sueños, de goles catárticos y sanadores. En cada patada, una limpia, una historia de gloria o fracaso. Un campo de cuerpos, corridas, golpes, gritos y caídas. Instantáneas que se lleva el viento.

La Liebre baila, canta, juega futbol, sufre, llora, toma alcohol. Ama. Vomita. Pelea. No duerme. Sueña. Acompaña al fuego, se pierde en cada llamarada. Cae. Corre. Grita.

Un hombre que no pudo detener el tiempo.

Entre ecos de goles, memorias de flores y sonidos de viejas canciones: “¿Y todo para qué, y todo para qué? ¿Para qué tanto amor?... si al final yo perdí...”.

Con botella en mano y la vista perdida en el cielo, la Liebre descansa en su vieja silla de ruedas.

EL TEJEDOR

Todas las noches escribe, teje y deshace palabras; uno, dos, uno, dos, uno, dos, un derecho y un revés. Espera algo, aunque no sabe qué. Huye de la monotonía, para caer en otra, así es su vida, una repetición que emprende, sin falta, a las 12 de la noche...

Coge un cuaderno, pastas imitación mezclilla, de cuadrícula. Entre ecuaciones de factorización y química, escribe sus notas personales, pensamientos e historias.

Power On. La pantalla se ilumina: rostros, imágenes que imitan, siempre imitan, y hablan de utopías, de sueños, de manera perpetua sueños. Juegos.

Cuerpos aburridos de sí mismos, enajenados, fuera de sí, por ser otros, queriendo traspasar espejos. Ambicionan todo.

Sentado en el sillón con su rito: uno, dos, uno, dos, uno, dos, un derecho y un revés, pausa. De repente, suspende su labor; descruza las piernas, se agacha un poco, agarra un vaso de agua puesto en el suelo y bebe de manera lenta un trago. En automático, regresa a su posición inicial. Reanuda el tejido.

Se oyen voces, estrictas y llenas de órdenes:

“¡Duérmete! ¡Ya es hora! ¡Hay gente que tiene que trabajar temprano! ¡Apaga todo! ¡Bájale al volumen!”.

Otras, llenas de tentación:

“¡Llámame! ¿Te sientes solo? Estoy para ti. Yo sí te escucho. ¡Cambia ya tu cuerpo! Muta al instante. Llama ahora. ¡Llama ya!”.

Se detiene nuevamente, descruza piernas, se levanta del sillón, se acuesta en el suelo, empieza con el esfuerzo corporal: 300 abdominales, cinco series de 60 repeticiones... vuelve a su lienzo, a su danza frenética: uno, dos, uno, dos, uno, dos, un derecho y un revés...

Todos los días trasnochado... permanece y cree, escéptico, que ocurrirá alguna cosa sorprendente; por lo general, no sucede nada fuera de...

Power Off. Se disipan la luz, su entorno, las voces, las imágenes y él.

¡YA NO ME PEGUEN!

—¿Dónde está Jelipe?

—Nadie sabe...

—Corrió por allá. ¡Búscalos! ¡No lo vayan a fregar!

—¿Y tú? ¡Mírate!

—Estoy bien... nada más dime cómo llegar a casa de “El Güero”. Allá nos vemos... ¡Vayan por Jelipe!

Siempre tuvo la habilidad de predecir las cosas en sus sueños. Sabía lo que le iba a pasar. El qué, cómo, cuánto, cuál, cuándo, dónde, quién, para qué y por qué son palabras de más. ¿Para qué jugar con el destino? Ni él mismo lo entendía, pero de nada le hubiera servido evadirlo. ¿Cuántas veces tendría que huir? Siempre.

La solución era simple, quedarse en casa, dormir y soñar otras cosas.

“Son solo sueños y nada más”.

—¿Me vas a acompañar? Es tarde y el trecho es largo.

—No. Tengo otras cosas... será para la próxima.

“Mi padre puso una mejilla tras otra y no bastó. Se levantó del suelo todas las veces que pudo, hasta que sus fuerzas lo abandonaron y quedó ahí tirado, sin que lo ayudara nadie. Lo fregaron para siempre, no hicieron caso de sus ruegos.

“Tengo varios días soñando lo mismo, la golpiza, todo es igual. Pero ahora es mi cuerpo el que recibe todo. —¿No te levantes, padre, ya no te levantes!—. ¿Por qué el día de hoy? Nuevamente el dolor, el miedo, la sangre. Todo es un círculo dentro de un círculo”.

—¡Ya no me peguen! ¡Ya no!

Derribado en el suelo, recibía trancazo tras trancazo; con la imagen mental de su padre, ambos sangran, enfrentan la angustia. Termina el sueño.

“Todo es un sueño, un sueño, un sueño...”.

—¡Vayan por Jelipe!

—No hay rastro de él... se lo tragó la tierra.

Lo llevaron de madrugada, para que lo cambiaran, que lo cosieran, que reconstruyeran lo que había quedado; para regresarle de perdido una sonrisa a su rostro.

L: ELE

Uve camina por El Barrio de Abajo. Con sus botas de piel de mula, color café, pantalones vaqueros negros Wrangler, apretujados, sellados a la carne, camisa a cuadros, bicolor morado y verde. Su pelo, castaño y corto. Su andar, lento. Cabeza agachada, huyendo de cualquier mirada, de tener que contestar cualquier saludo y, así, tener que fingir una sonrisa. Se detiene por un reflector, dos puntos que brillan en la oscuridad.

El sol se ha ido del pueblo, ya no hay calor. El frío se siente ahora hasta en los huesos. La luna surge lentamente detrás del picacho. Luna llena, de aullidos, de transformaciones y pasiones.

La noche es tranquila y serena, salvo el mugir de las bestias.

Empieza un reto de miradas hasta que el felino acepta la rendición y desaparece en la oscuridad.

Uve levanta la cabeza, atravesó la verja y tocó en la puerta. Ele contesta: “¿Quién es?”. “Soy Uve, vengo a buscar a De”. “Entra, la puerta está abierta, estoy dándome un baño”.

Uve sale de ahí sin voltear atrás. La noche avanza y el canto de los grillos surge a su alrededor.

Eme sirve la cena, frijoles, tortillas de harina y café de asientos. Lo ve parado en la puerta de la cocina: “Pasa, hijo, pasa”. Uve solo bebe el café, mira hacia fuera, directo a la oscuridad. Su cuerpo, lleno de escalofrío y embotado por el aullido de los animales y el sonido agudo de los grillos.

Una repetición de hechos. Miradas de gato y tocados de puertas. Escalofríos.

Uve se quita la ropa despacio. Ase el cuerpo de Ele, lo desviste con frenesí y no como lo había soñado tantas veces, un encuentro delicado y de historieta; lejos de tiernos besos y caricias. Uve y Ele: macho y hembra. Sexo.

—¿Te ocurre algo, muchacho?

—Nada.

Afuera, todavía, mugidos. Noche de luna roja. Noche de calor y canciones de grillos.

Noche de cuerpos entrelazados.

Ele enjuaga su cuerpo, desecha las impurezas, mientras alguien más toca a su puerta.

JEREMÍAS

—¡Jeremías! ¡Jeremías!

“Izquierda. Derecha. A un lado. Al otro. Atrás. Adelante. Arriba. Abajo. Nada. No hay nada. ¿Quién me habla?, son ecos que arrastra el viento”.

—¡Jeremías! ¡Jeremías!

“Voces, voces, solo voces. Ecos que arrastra el viento, aunque mi abuela dice que son ángeles de la guarda, pero yo tengo mis dudas, pueden ser demonios”.

Hay que dormirse igual que las gallinas, al caer la noche. Queda prohibido preguntar qué pasa después de esa hora. Solo hay que cerrar los ojos y tratar de dormir. Nunca te levantes, escuches lo que escuches. Sueña y vive.

Despierta con la aurora y saca a pastar a los animales. Trabaja la tierra y sueña de nuevo.

Pero no olvides dormirte temprano, la noche está hecha de magia, por la magia y para la magia.

—¡Jeremías! ¡Jeremías!

Ten cuidado con el canto de la zorra, de las sirenas, con los silbidos de las lechuzas. Siempre están a la caza. Recuerda que a la medianoche se abren las puertas del cielo y del infierno. La muerte vive, no es una vieja tilica y flaca. No hagas caso de las voces del vacío.

“Este camino está lleno de víboras y ranas asesinas. Gatos negros y vacas embrujadas. Caras rojas y colillas de cigarro. Voces y aullidos. Mi abuela dice que todo es imaginación, que ingiera mi té de menta, que me aleje del licor y del cigarro. Que nunca camine de noche”.

—¡Jeremías! ¡Jeremías!

Afianza tu vida en tus raíces, del maíz y las manzanas. Siembra cuando sea debido, lanza los dardos a su tiempo y recoge los frutos de la tierra. Observa de vez en cuando las nubes para que aprendas su lenguaje. Lloro todo lo que quieras, pero nunca ruegues. Da la mano y perdona.

—¡Jeremías! ¡Jeremías!

“A veces miro al cielo para buscarla, para escucharla y preguntarle por qué nunca me habló de las moscas. Esas que se llevan el alma, la vida, el cuerpo. Que son dueñas del último suspiro. Ya no escucho voces, no les hago caso. Ahora es un zumbido devastador. Busco lo único que tengo: los recuerdos de mi abuela”.

SE HAN IDO

Se han ido...

Ya no hay nada. Todo es silencio. Afuera, el viento, silbidos, solo silbidos. Adentro, recuerdos de gritos, llanto y risas.

Todos hicieron sus maletas. Cucarachas, moscas, arañas, zancudos y demás bichos; la última rata quedó atrapada y electrocutada en el motor de la lavadora.

Los gatos de vez en cuando regresan, fornican, marcan su territorio, no encuentran nada y se van. ¿Maullidos o reclamos?

El polvo va dominando todo el terreno, falta poco para ganar su guerra. La escoba y el trapeador también desaparecieron. Solamente hay ecos y rayones en las paredes; fotografías mentales. Eso es lo que ha quedado.

Cocina, sala, estancia, recámara, baño... conceptos.
Hoy, solo vacío, espacios de espacios dentro de espacios.

Se han ido...

Se han ido...

La tinta, los libros y las hojas en blanco han principiado su metamorfosis. “Polvo al polvo”.

Las hojas del árbol, en una danza lenta, caen, se apoderan de la banquetta, vaticinan el fin de todo.

Los perros han dejado de acercarse, ya no hay basura que esculcar.

Ahora los bailes pertenecen a las pelusas; se mueven de un lado para otro, extienden sus imperios.

Él ya no se levanta del lugar donde se quedó, o rara vez lo hace, salvo cuando tiene que ir al baño... no se sabe qué es lo que espera. Tiene días que no asea su cuerpo, su rostro se ha empezado a llenar de arrugas, también el cambio ha empezado, aunque existe la esperanza de que decida preparar sus maletas y retirarse.

Afuera se escucha silbar el viento, cómo arrastra las hojas de un lado a otro; cómo penetra por cada rendija en la casa, pero al parecer ya no hay quien lo perciba.

Todos se han ido...

LARREN

Todo se termina en un suspiro, y la vitalidad, en el fondo del drenaje.

Larren está postrado en la cama, lo derrotó la vida. Los médicos diagnosticaron que está enfermo.

En su interior, Larren mantiene el sueño de un jarro de agua muy helada; idealiza un líquido que sosiegue, en un principio, la sed, los recuerdos, el dolor del cuerpo y la soledad.

En la habitación donde se encuentra acostado retumba el eco de una voz muy vieja que pide un trago de agua helada.

Sus familiares no entienden que esas serán sus últimas palabras, que todo ha terminado aquí.

Larren yace debajo de las cobijas, ahora es un cadáver que espera sepultura.

En las calles hay sombras; mujeres que esperan un centavo; un galanteo de un cuerpo donjuanesco; una frase de picardía pronunciada por el viejo Larren.

Todo se termina en un suspiro seis metros bajo tierra, donde no hay un jarro de agua helada.

ESTAR CONTIGO

Juan solo injuriaba: “¡Maldita sea todo! El tiempo, el clima, día nublado, menos dos grados de temperatura y llovizna; la pobreza. ¡Maldita ansiedad, por siempre maldita!”.

Como cada año, diciembre se convertía en las noches de eterna diversión, entre mujeres, cervezas y resacas.

Juan tenía pactado encontrarse con Minerva, pensaba para sí mismo “*Ya no se me escapa*”. Llegó al sitio acordado, preguntó por ella, en el recibidor le dijeron que ya se había ido. Juan maldijo su suerte; recordó que ya no se podía regresar a su ciudad natal, era tarde para hacerlo.

Era un viernes como cualquier otro, salvo por el clima. Día nublado y frío. Decidió salir del hotel, visitar algún *table dance* de la Zona Centro de Monterrey, ahí conoció a dos sujetos

que se presentaron como Iván y José, quienes lo invitaron a tomarse unos tragos.

Pidieron una cubeta de cervezas y una botella de tequila, mientras preparaban un churro de marihuana. En la pista, las mujeres se desnudan poco a poco, tratando de vender sus carnes, algunas, llenas de celulitis o cicatrices de embarazo.

Juan pensaba en su sino; especulaba en ella, en obtener su cuerpo y probar sus labios, se atragantaba con sus palabras de que esa vez Minerva estaría en sus brazos.

Tres cuerpos fueron encontrados el sábado por la mañana en las orillas de una carretera rural, en ellos había fotografías que mostraban algo de exceso y extravagancia.

En el centro, una mesa con cervezas, dinero y cocaína; al fondo, tres sujetos: Juan, Iván y José esbozan una sonrisa.

En uno de los tres celulares había un mensaje recibido: “Sí, quiero estar contigo”.

UN BAÑO CORPORAL

“Mi nueva vida empezará pronto. Voy a extrañar el pasado, mis amigos; todo o tal vez nada. Especular sobre el futuro es como querer aspirar a la verdad —si es que existe— del Universo. Todo es incierto.

“El ave fénix pronto volverá”.

Nadie espera que un baño corporal se convierta en un acto de muerte, en una metamorfosis, un nuevo renacer, simplemente la pérdida de todo.

“No recuerdo a ciencia cierta cómo fue, mucho menos el porqué de las cosas, pero estoy aquí, aunque allá las condiciones no eran mejores a las de aquí. Todo es un reflejo. Hace poco he dejado de razonar y aceptar que la libertad solo existe en los sueños, en mis sueños. El estar aquí

o allá ya no significa nada. La esperanza ha sucumbido ante la monotonía y la aceptación de esta fría realidad”.

Como cada mañana, lo primero que hace el hombre al despertar, y aún en estado de somnolencia, es ir al baño, el viaje perpetuo, la ida a La Meca, la llegada al recinto espiritual. El único lugar en el que se tiene satisfacción y se podría decir, con una metáfora, la unión con la fuerza creadora. Todavía sin imaginar que tal viaje y su transición puedan provocar la lucidez total.

“Grandiosos son los caminos de ser, y jamás se sabe su destino”.

“Un día más... y los que faltan: eternidad. Bueno, por hoy basta de quejas. La radiografía de hoy nos dice lo mismo, soy el mismo. Los mismos cabellos, los mismos ojos, igual nariz —aunque la gente insiste en que la tengo operada—, las orejas donde mismo, más barba que otros días, ¿la boca? La boca, creo... sí, es la misma de ayer, anteayer, etc., la de siempre. Lengua: normal, dientes: seis arriba, seis abajo: incisivos, caninos, muelas, 10 y 10: premolares, molares, total: 32. Nada mal, nada mal. Piernas y brazos: presentes. Cuerpo entero: presente. Todo bien, bien... al parecer, no falta nada. ¿Qué opinas? Nada. ¿Seguro? Seguro. Pues vamos, a lo que sigue... Un momento, falta algo, algo... Cabello, ojos, nariz, boca: cara completa. Orejas: orejas. Sí, en las orejas. ¿Dónde está? Aquí está, listo. Mejor, mucho mejor. A lo que sigue, a lo que sigue...”.

Desde que el mundo es mundo y habita el hombre, cuida sus pensamientos. Las acciones son lo de menos.

Las noticias son las mismas de toda la vida. Todas, bajo un fondo de color, por lo general siempre rojo. No sé cuándo perdí el interés por todo, solo me queda esta tranquilidad momentánea y pensar en esa fuerza creadora que está tan lejos de aquí.

“Las nubes han cambiado de color y el cielo se ha pintado de negro, oscuridad fatal... pronto lloverá. No me queda más que levantar las manos y esperar que el agua haga contacto con mi cuerpo. Que empiece el recorrido y la limpieza final de todo, todo. Todo”.

Un hombre bajo la regadera imagina que está a campo abierto, en contacto con la naturaleza, con la creación, abrigado bajo el manto de la lluvia, una precipitación sanadora y acariciante. En espera del final para que salga un sol radiante; a lo lejos del paisaje, un iris, la salvación, el paraíso, al final. Pero sin saber que todo es un sueño, la ilusión de libertad, del querer ser.

“¿Qué hay detrás de cada puerta? Tal vez nunca se sepa. A la par, el que está al otro lado del espejo quizá piense lo mismo, mientras tanto, olvidaré todo aquí. Ayer no soñé nada fuera normal: cuerpos, paisajes sin color. Lo que me mantiene es este momento es querer dormir para siempre”.

BAUTISTA

Más allá de los valles de la realidad, se encuentra Bautista lavando su cuerpo para olvidar a Mnemosine y así llegar a descansar eternamente en los Campos Elíseos.

Un día, Bautista había decidido amar a una mujer con todo su ser, sin importar las reacciones secundarias de dolor, angustia, miedo soledad, náusea, alucinaciones, confusión mental y locura temporal.

Se encontró a Mnemosine en la calle, la tomó en sus brazos y la llevó a su casa para vivir feliz para siempre; un día despertó y a su lado encontró solo las sábanas blancas.

Bautista comprendió que la cura y el regreso a la calma no serían algo sencillo, por lo que preparó una mochila con algunas provisiones de

agua y comida, y emprendió el camino con rumbo a las montañas.

—¿Qué buscas?

—Los ríos místicos...

—¿Sabes cuál es su precio?

—Pernoctar por siempre en el Hades.

Bautista llegó a la orilla del Estix, se despojó de sus ropas y empezó a sumergirse entre sus aguas, donde nadó por semanas y meses enteros hasta llegar al Aqueronte, río que cruzó con ayuda del barquero.

Aún con los recuerdos en su mente, Bautista descendió de la balsa para entrar entre las aguas rodeadas por torrentes de llamas del Flegetón, y llegar así al río gimiente del Cocito.

—¿Sigues aquí?

—Sí.

—Atrás de la montaña se encuentra el Leteo, de donde ya no hay regreso.

Al borde del olvido, Bautista levantó sus brazos al viento y, como si tuviera un dolor agudo e incesante, emitió un grito vehemente; poco a poco, pasó sus manos por su cabeza y su rostro, dejándose caer en las aguas del Leteo.

Bautista despertó, se encontró solo en su cama; observó las sábanas blancas, de las cuales no tenía recuerdos.

CAZADOR DE SUEÑOS

Tal vez seas nuevo y por eso te lo cuento... no sé el tiempo que llevo aquí, pueden ser siglos, años, segundos o instantes, eso no tiene importancia a estas alturas. Dirás que estoy paranoico o que estoy alterado de los nervios, pero ya comprenderás de lo que te estoy hablando.

Te diré que, un día, sin saber cómo ni cuándo, abrí los ojos y estaba aquí, en mis manos, “Sarajuana”, que siempre está lista para todo. No sé quién seas, ni lo que te propongas, pero te advierto que si es un engaño, lo pagarás caro. No es necesario que me respondas. Solo escucha.

Yo vivo de recuerdos. Un día no desperté a su debido tiempo. Abrí las ventanas de mi casa, observé por última vez el mundo, esboqué una sonrisa y dije adiós. Mi cuerpo quedó tendido, yerto en aquella habitación que algún día fue mi hogar.

Tomé la firme decisión de no volver a soñar, a su vez, eliminar toda ilusión y esperanza. Simple, me quedé en este lado. Ahora comprendes por qué estoy aquí, en el mundo de los sueños. Soy “*The Hunter*”.

Allá afuera hay demasiados sueños que no deben existir. En este momento, imagino que tú eres uno de ellos, que estás robando oxígeno de alguien más.

Eres como cualquier otro, un creador de burbujas, de alteraciones y virus que atacan, que de vez en cuando colapsan este universo. Entiendes. A toda costa tengo que detener su arrogancia. Vamos, ya es hora. “Sarajuana” nos espera.

Es tiempo de jugar.

Recuerda que acá no existe nada. Nada. No hay lugar para ti ni para nadie. Diles que es mejor quedarse como están. Anda, camina, no seas flojo. No hay necesidad de héroes.

La justicia no existe, solo yo.

LA MUJER RANA

La mujer le preguntaba que si nunca se había enamorado en un tono de reclamo.

Él, para no contradecir su juicio, dijo: “No”, mientras que el croar de las ranas le hacía recordar las palabras de su abuela: “No las maltrates, porque vendrán por la noche y te ahorcarán cuando te encuentres dormido”.

Un día tropezó con ella y decidió llevarla a su casa. Amarla a su manera. Vivir para siempre a su lado. Alejados de todos. Con la promesa de no volver más a salir ni ir al estanque.

Un día decidieron salir a caminar. Finalizó todo.

Ella se acordó del sol, la luna y las estrellas. Del croar y querer experimentar nuevos universos. Otras caras, otros besos. Él tomó la piedra

y surgió la sangre. La dejó sin vida, tirada en una calle. Mandó destruir el estanque y siguió su vida.

Él sigue sin poder dormir, siempre está alerta... tiene miedo de que ya no pueda despertar del abrazo eterno. Dormita. Cada mañana examina su cuerpo, en específico, su cuello.

Cada luna, está en espera de la mujer rana y su eterno costal de preguntas.

AMOR DE GUION

Cansada de ser solo un objeto más de su marido, y por estar insatisfecha en lo sexual, la mujer busca un amante que logre provocar el placer que desea, un simple orgasmo.

Pandora vive encerrada todo el día en casa, solo tiene contacto con sus sirvientes: un ama de llaves, la cocinera y un adolescente que se encarga de cuidar los jardines.

La mujer sale poco de su habitación, de vez en cuando, su marido la lleva a pasear, a comer a algún restaurante; tiene tiempo que orienta su vista en el adolescente que corta el césped de su casa.

Imagina que el joven la posee, y fantasea en cómo se vería ella haciéndole el amor; en que sea su amante, invitarlo a su cama, mientras que su marido estaciona su vehículo en el pórtico.

El hombre entra a la casa, y se dirige de manera automática a su habitación, ve a su mujer desnuda y se pregunta qué sucede. Antes de que cierre la puerta, Pandora lo atrae hacia su cuerpo, lo empieza acariciar.

Su marido cede. Cierra la puerta. La toma entre sus brazos. La conduce y posee en la cama. Al amanecer, Pandora se levanta y despide a su marido desde la puerta principal.

Pandora regresa a su lecho. Imagina al joven que sale debajo de la cama. Ambos se ven, se besan. Se aman. Se despiden. Ella se introduce en la ducha. En el jardín, el joven empieza a regar las plantas y cortar el césped.

DE NOCHES

Deambula durante todas las noches, así pasa su vida. En busca de fiesta, alguna reunión, cualquier lugar donde haya gente.

Requiere un trago de alcohol o de cerveza, de cualquier sustancia que le otorgue un placer momentáneo. Tal vez un encuentro pasional, de la simple unión de sexos.

Él: modelo, literato, futbolista, poeta, aunque se considera artista plástico y actor. Ella: un estuche de monerías, locutora, escritora de poesía, cuento, ensayo, teatro, nota roja, periodista, directora y un largo etcétera, es decir, una todóloga.

Todo empieza con un saludo de buenas noches, un “hola” o “¿cómo te va?”. La presentación: es equis persona, viceversa. Un “mucho

gusto” y su “igualmente”. Para seguir con las clásicas risitas y terminar en una cama.

Cada quien solventa su soledad de la mejor manera...

Él es un cazador de fiestas, siempre está al acecho. Habla del clima, de lo que hace, de cualquier tema. Trago tras trago... hasta que todo se termina con una despedida, un adiós, un hasta luego o una invitación: “Vivo aquí cerca. Vamos”. Ella responde: “Sí”.

No todo es miel sobre hojuelas. Él sufre de anorgasmia y ella nunca para de hablar. Él está cansado de tenerla encima de su miembro. Ella solo recita:

“Así es esto: a veces nos toca aprender, a veces nos toca enseñar y otras veces, como esta, nos toca disfrutar”.

Él solo quiere dormir y pensar en el mañana, en el recorrido, en el viaje, en el mutismo... en otros cuerpos: “*I want to talk tonight/ until the morning light/ about how you saved my life/ you and me see how we are...*”.

HAY COSAS QUE HACER

Los dedos de Alina y de Helio se hunden en el teclado, mientras sus miradas se concentran en observar el monitor, contestar cada mensaje de la manera más prudente, tratando de no enredarse, evitando recordar su rompimiento de madrugada en un cuarto de un hotel.

Las últimas frases utilizadas fueron “hasta pronto”, “nos hablamos”, mientras Helio se bañaba en la regadera, Alina trataba de encontrar su ropa interior en la habitación 116.

—¿Sigues viviendo con ella? —preguntó Alina.

—Sí —respondió Helio—, el pacto aún no termina.

Tras un breve respiro, Alina envió el mensaje donde exponía que no concebía cómo alguien puede vivir con la persona que no se ama, a lo

cual Helio escribió que era algo tan sencillo y tan difícil al mismo tiempo, que no cualquiera entendería.

Los dos hunden sus dedos en el teclado y se contestan en la mente sus dudas; Helio propone una cita, pero Alina juzga que eso no es una cosa conveniente; ambos advierten que volverán a recrear la misma escena de un año atrás.

—Me dio gusto leerte —dice Alina—, pero tengo cosas que hacer.

—Igualmente —reescribe Helio—. Hay cosas que hacer.

UNA TROCA

Soñaba que un día iba a tener una troca y recorrería todo el mundo. Cada noche se subía a la camioneta de su abuelo e imaginaba mil historias; prendía la radio para escuchar sus sueños en canciones.

Esperaba a que ella pasara para invitarla a pasear. Había noches con suerte, donde los kilómetros no importaban. Solo el estar montado en la ilusión.

Un día, la F100 Custom Cab 61 se descompuso, jamás pudieron repararla, se la llevaron directo a la chatarra...

Cada día la busca, para recobrar sus sueños. Las noches de verano.

Ya no invita a nadie a pasear. Sabe que es demasiado tarde para ello.

SI ASÍ LO QUIERES CREER

Solo quedaban ellos dos, todos los demás habían desaparecido. Ambos tenían hambre. Decidieron unirse para satisfacer esa necesidad.

Les ganó la gula. Empezaron a disputar cada porción de alimento sin que existiera la necesidad de ello.

El juego del poder.

Cansados de tanto orgullo, resolvieron concluir el malentendido. Y optaron por tomar caminos diferentes.

—Tendrías que reconocer que te gané...

—Si así lo quieres creer.

Fueron sus últimas palabras.

TRES

Eran tres seres que coexistían en la cueva: una mariposa, una antiprincesa y un ogro.

Esperan cada luna llena para salir a pasear.

La mariposa baila, canta y sueña con cambiar de cuerpo.

La antiprincesa busca el amor eterno.

El ogro trata de tirar su costal de ironía.

Regresan siempre a la medianoche, nadie los entiende.

UN MUÑECO PASADO DE MODA

Un día lo tiraron a la basura... duró mucho tiempo ahí, hasta que alguien se dignó a recogerlo y reparar algunos daños que tenía. Le dio de comer y lo vistió.

Él pensó que sería feliz de nuevo, se olvidó de sus caídas.

No se dio cuenta de que era un sueño.

Despertó y se vio en el cesto, otra vez en la basura...

Trata de sonreír, espera que alguien más lo levante.

El inconveniente es que cada día se hace más viejo y se convierte en un muñeco pasado de moda.

MÁS ALLÁ DE LAS VENTANAS...

Todos los días escribía recuerdos. Usaba una hoja en blanco y tinta para poder plasmarlos.

Al terminar su labor, se retiraba a su cama a dormir, para buscar las musas, la inspiración, más allá de la tierra de los sueños. En otras realidades paralelas a la suya.

Cada mañana descubría que vivía solo.

Que la hoja estaba completamente en blanco y la tinta sin usar.

Su universo no existía más allá de las ventanas.

EL ROBO PERFECTO

Tenía años planeando el robo perfecto, registraba los tiempos, la hora de entrada y de salida del personal. Las posibles escapatorias.

Renunció a su trabajo. Quería vivir en la playa.

Deseaba perderse cada tarde contemplando el mar. En cada ir y venir de olas. En espera del canto de las sirenas.

Un día decidió cometer el delito.

Todo estaba bien, era feliz.

Al salir de su casa, lo asaltaron.

LA CENA

De esas raras veces, había decidido preparar la cena. Encendió la estufa y empezó a cocinar. Nada en especial o algo que requiriera demasiado talento, un platillo simple, huevos con tocino, su porción de frijoles y tortillas de harina; como bebida, una taza de café.

—Gracias por ayudarme.

—No será siempre. Una vez al año, no hace daño.

—Así es...

Tal vez trataba de compensar algo. Rescatar lo poco que le quedaba. Retener lo último de sus manos. Fuera de sueños y deseos. Con la aceptación de su realidad. “Lo único que ves, es lo que hay: lo tomas o lo dejas”.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Segura?

—No...

Esperaba una respuesta más grata, pero ya no existía. El tiempo había consumido aquella planta poco cuidada.

—Habla...

—No sé por dónde empezar... te tuve como un dios, eras todo. Siempre estuve ahí, como una tonta, al pendiente, que no te faltara nunca nada, ropa, comida, amor, todo. Pero te saqué de mi cuerpo, de mi mente, de mis sueños. Ahora ya no te creo.

Solo suspiró...

—Tú quieres cosas distintas a las mías. Nunca congeniamos. No quiero ser un estorbo en tu vida o al revés. Que vengas el día de mañana y digas que siempre no, que te vayas porque no querías esto. Ya no.

Agachó la cabeza y empezó a servir la cena.

—¿Qué pasa? ¿Cenarás con nosotros?

—No. Me retiro.

EL TEMOR...

Temía llegar a su casa, saber que no lo era en verdad. Que sus recuerdos tampoco le pertenecían. Que su cuerpo no correspondía a la imagen de sus pensamientos, a su yo, a lo que entendía como su realidad.

Abrió sus ojos y empezó a contemplar el tiraje de imágenes que se sucedían en el reflejo de la ventana del microbús... fachada tras fachada, lotes baldíos, personas, paisajes. Sin ninguna sensación de malestar, sino todo lo contrario, lleno de un sentimiento de regocijo y paz.

En la calle, el bochorno, el vapor emergiendo del pavimento. Por las aceras, algunos rostros llenos de sudor. La carretera, con demasiadas alucinaciones. Su único pensamiento era poder llegar a su casa y descansar por un instante.

“Una vez más, este temor, este desconcierto que no sé de dónde surge: la intranquilidad de no saber quién soy”.

Tocó la puerta y al abrirle le preguntaron cuál era el motivo para tal acto. No supo qué responder.

—Diga. ¿Se le ofrece algo?

—Soy Víctor.

—¿Y...?

—Vivo aquí... es mi casa.

—¡Mire, no estamos para bromas! Le suplico que se retire de mi propiedad.

“No puede ser. Todo se ha vuelto real. ¿Y ahora qué voy hacer? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde está mi casa? ¿A quién pertenecen estos recuerdos? ¿Mi vida?”.

Al cerrar la puerta de aquel hogar, que ya no era el suyo, empezó a deambular por las calles, sin sentido alguno de orientación. Abstraído en sus reflexiones, en sus temores. Tratando de encontrar un punto de partida.

“¿Vivo o muerto? Qué más da, pero sé que estoy aquí. ¿Cuáles son mis últimos recuerdos? ¿Acaso es un juego? ¿O es la libertad que tanto pedía? No lo sé, por desgracia no lo sé”.

Se detuvo por unos segundos para observar, tratar de discernir la actual situación, no sabía a dónde dirigirse, ya nada le pertenecía: casa, familia, amigos, nada. Se planteaba las preguntas adecuadas para poder obtener de ellas las respuestas necesarias, un lío. Estaba a punto de caer en la locura.

“Soy Víctor... ¡Soy Víctor!”.

Gritos. Desesperación. Furia.

Abrió sus ojos y empezó a contemplar el tiraje de imágenes que se sucedían en el reflejo de la ventana del microbús...

POR TELÉFONO: 1050700

Los dedos marcan cuatro, cuatro, ocho, cuatro, cuatro; enseguida uno, cero, cinco, cero, siete, cero, cero: 1050700. La línea suena. Alguien descuelga la bocina.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Quién habla?

—Un recuerdo.

Todo pudo haber sido diferente. Ahora lo veo. Tú, yo, nosotros. La primera noche. ¿Cuántos se dieron cuenta de que nuestros ojos empezaron a ser parte de aquel cometa? Pocos o tal vez nadie. Así empezó nuestra historia, una nueva era, inmersa de ilusiones y destellos. Esa noche te pedí que te quedaras y aceptaste. Existía la posibilidad —que me hacía caer en la tristeza— de

nunca haberte conocido. Hoy me río y hago a un lado tales pensamientos.

—¿Quién habla?

—No puedo dejar que te vayas.

Si no me hubiera guardado tantos sentimientos, esta culpabilidad que me hacía tener otra vida de noche. Si hubiera tirado mi baúl lleno de violencia y egoísmo. El niño que llevo dentro. La desesperación por no poder explicarme a mí mismo. A veces me reconforta saber que existe la posibilidad de que... Hoy me río y hago a un lado tales pensamientos.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Quién habla?

—Un recuerdo.

Todo pudo haber sido diferente. Ahora lo veo. Cuelgo la bocina y me digo: “No lo acepto”.

Todo pudo haber sido diferente. Ahora lo veo. Lejos de disfraces, castigos y arrepentimiento. Lejos de llamadas cada madrugada, de finales de teléfono.

Observo el cielo, me doy cuenta de todas las posibilidades, de la brisa, del sol, de las sonrisas de la gente, de las capas de cebolla de mi mente. Hoy me río y hago a un lado tales pensamientos.

EL SILBATAZO FINAL

Todo empezaba cada domingo al despertar.

Despertar, desayunar —cuando se podía— y cambiarse. Estiramientos de calentamiento, revisión del cuerpo. Un poco o mucho, dado el caso; pomada de caballo, para las reumas; tobilleras, rodilleras para los esguinces y, por si acaso, vendas para los tirones. Enseguida la puesta de calcetones, espinilleras, calzoncillos cortos y la playera con el número 17. Listo para el combate.

La reunión inicial para la alineación, el 11 ideal, las porras; los rezos a los santos y los dioses de su elección.

Diecisiete ofrecía sus ruegos y súplicas a Albert Camus, Juan Rulfo, Julio Cortázar, Jaime Sabines, Frank Herbert, Herman Hesse, etcétera, por los dioses del Olimpo, del Valhalla, de Mictlán, del Ilhuícatl Iohltatoquilizy.

Noventa minutos para lograr la inmortalidad.

“Hoy sí, Camus, te pido un gol, nada más un gol, vamos, Albert, eras portero, tú sabes de esto. ¡Vamos! ¡Vamos! No me dejes, Rulfo, una ayuda del más allá siempre es buena. Ares, no me quedes mal, una que otra zancadilla. Atenea, ya sabes que necesito de tu fortaleza, Loki, Baco, Huitzilopochtli. Mi mayor ofrenda será el gol, el triunfo. No me dejen solo”.

El silbatazo inicial.

Los cuerpos se empiezan a desplazar, cada uno en su posición, detrás de un balón. En busca de la consagración. Gritos y caídas. Momentos de desesperación y descontrol. Muchas de las veces con la mente fuera de la jugada. Sudores y vómitos de crudas sabatinas. Golpes y dolores de antaño. Rivalidad y sangre.

Suena una vez más el silbato.

Quince minutos de reflexión y descanso, de planeación cuando las cosas están saliendo mal...

“¡No manchen, cabrones! ¡Vamos a echarle ganas! ¡Es ahora o nunca! ¡Ya los traemos, son nuestros! ¡Vamos a chingarlos! ¡No traen nada!”.

Otra vez el silbato.

Un segundo tiempo lleno de ansiedad, los cuerpos siguen en su querrela, tratando de dominar un esférico. La pelota, la vida, el juego, el destino, la gloria. El hombre de negro saca a diestra y siniestra cartelones rojos y amarillos,

anota nombres, cuenta las faltas, y da silbatazo tras silbatazo. Rojo. Amarillo. Rojo. Amarillo. Hombres que salen del campo. Cambios y disputas por el tiempo que nunca alcanza para nada. Un marcador que no se mueve, que refleja un penoso y doloroso empate. Cero a cero, sin la ofrenda de los dioses: el gol; un juego sin pena ni gloria. Falta de esfuerzo.

“¡Vamos, Zeus, Afrodita, Rulfo y Camus, queda el último minuto, 60 segundos para la perpetuidad! No me dejen solo”.

La pelota rueda por la lateral izquierda, vaticina el último centro, la última oportunidad para el gol. Atacantes y defensores, todos dentro del área grande. El último salto del número 17. Las rodillas truenan, pero no importa. El lance del portero. El dolor empieza a llegar. Los ojos se cierran y el cuerpo cae. Se escucha un silbatazo. La pérdida de la conciencia. Blanco. Negro. Blanco. Negro. Estrellas.

“¿Fue gol...?”.

ARENA SOL

De dos a tres caídas, sin límite de tiempo. Sin algo más allá, no fuera de lo normal. Se debate, se da la existencia. Lucha tras lucha; caída a caída.

Al ras de la lona, los cuerpos se confrontan, se entrelazan. El arte de la llave y contrallave. “¡Arriba, arriba, arriba los rudos!”. Los vuelos. En un toma y daca. “¡La lucha, la lucha, la lucha!”. Máscaras. Cabelleras. Técnico. Rudos. Exóticos, minis. Mujeres. Viceversa.

Todo entre circo, maroma y teatro. Lucha libre, grecorromana, callejera, superlibre, extrema, mano a mano, con reglas y sin reglas, limpia, sucia, mañas, artimañas, todo cuerpo a cuerpo.

Una pasión que recorre el cuerpo. El ring, la tribuna. La porra técnica y ruda, los cartelones apoyando a sus colosos favoritos, la cerveza, la

fritanga, los sudores, los olores, todos en una danza y juego alrededor de un entablado.

El Niño de la Calle sueña que llegará muy lejos en el mundo del pancracio, mientras prepara su equipo personal, su máscara en negro con vivos en dorado, su pantalón tipo militar, los tenis sujetos a unas espinilleras de fútbol revestidas de cinta de aislar negra.

Ha llegado su noche de debut, va acompañado de Los Pájaros Azules I y II, en contra de la tercia más dura de la región, los rudísimos Hijos Diablo IV, V y VI, los cuales lucen sus mejores galas y atuendos; Los Pájaros visten en atuendo amarillo-azul, mientras Los Hijos Diablo, en mallas negras con vistas en rojo, simulando llamaradas de fuego.

La arena Sol está hasta el tope de su capacidad, el presentador vocea a la tripleta técnica, el sonido local anuncia: “En una lucha pactada a tres caídas, sin límite de tiempo, y representando a la tercia técnica, los terratenientes del aire: ¡Los Pájaros Azules!, así que démosles la bienvenida a su casa”; los dos luchadores suben al ring ataviados en sus capas doradas y saludando al público presente, que le abre el paso como semidioses, acompañados a lo lejos por el debutante.

El Niño de la Calle espera su mención para poder correr a una de las cuatro esquinas del pancracio, realizar su presentación, subir a la segunda cuerda y levantar los brazos en señal de triunfo.

Sin avisar, aparecen Los Hijos Diablo alborotando a la asistencia de la arena Sol, insultando a los aficionados con gritos de: “¡Ya llegaron sus padres, indios frijoleros!”, y en sus playeras: “Dios perdona, Los Hijos del Diablo, no”.

Sin esperar su presentación, arremeten en contra de Los Pájaros Azules y El Niño de la Calle, quien es golpeado sin clemencia y despojado de sus vestimentas; el réferi declara como iniciada la lucha; al no aguantar la golpiza, los técnicos aceptan su derrota en la primera caída.

Suena la campanilla para dar inicio a la segunda caída y Los Hijos Diablo aún siguen vapuleando a los técnicos, que no han podido tener un respiro; Los Pájaros Azules están sangrando y con sus máscaras rasgadas, tratando de huir entre las filas para tomar un respiro y recomponer las acciones de la lucha.

El Niño de la Calle, quien queda solo en calzoncillos, está en el centro del cuadrilátero retando a los tres rudos, se siente seguro de sí mismo, tira unas patadas voladoras en contra del Hijo Diablo VI, al cual le acierta a dar en el pecho para sacarlo del encordado.

El novato se levanta de la lona como si tuviera un resorte en el cuerpo y corre de un lado a otro de las cuerdas, para arremeter con unas tijeras voladoras al Hijo Diablo V, para sacarlo también del ring, ahora solo le queda rendir al IV, de quien logra esquivar varios golpes y llaves.

Las acciones empiezan a llamar la atención del público presente, que, sin saber su nombre, vitorean: “¡Maravilla, maravilla, maravilla!”, mientras que Los Pájaros Azules aún toman un respiro y varias bocanadas de aire.

El Niño de la Calle está a punto de someter al Hijo del Diablo IV, a quien saca por un costado del ring; el público pide un vuelo, El Niño de la Calle toma terreno y, corriendo, sube hasta la tercera cuerda, se voltea hacia el ring y se avienta un vuelo suicida contra la humanidad de su rival.

A las afueras de la arena Sol se encuentra una ambulancia, en el interior, los paramédicos brindan los primeros auxilios a un lesionado por traumatismo craneoencefálico, al cual tratan de estabilizar y poner en una camilla para realizar su traslado de emergencia a un hospital.

El público, al borde de la conmoción total y al unísono, grita: “¡Maravilla, maravilla, maravilla!”; Los Hijos Diablo, que aprovechan tal situación, rinden una vez más a Los Pájaros Azules, levantando la victoria en dos caídas al hilo.

El Niño de la Calle, semiinconsciente en la sala de terapia intensiva, solo espera su mención para poder subir a una de las cuatro esquinas del ring y subir los brazos en señal de triunfo.

FUERA DE...

Cada mañana, el hombre bebía una taza de café, se sentaba por un momento y contemplaba su rostro reflejado en la infusión.

Imaginaba la posibilidad de mundos alternos, de otras realidades detrás de cada espejo; al abrir cada puerta. El viaje en toda lectura.

Todos los días empezaba con un nuevo recorrido entre distancias cortas y largas. Observando catálogos de anfitriones y calzado. Por caminos llenos de baches y recuerdos. Muchas veces buscando la salida al laberinto de las promesas rotas.

Se sentía fuera de... Se la pasaba brincando de espejo en espejo. De realidad en realidad. Escapando del mundo de los sueños, exportando deseos y vendiendo ilusiones.

Lleno de egoísmo y extravagancia.

Un día, se dio cuenta de que más seres intentaban traspasar los espejos; algunos lo lograban, otros, no. Gritó un centenar de veces para tratar de detenerlos. No obtuvo respuesta. Ellos continuaban su desplazamiento.

Se detuvo un instante, examinó sus botas y alcanzó una respuesta: su miedo.

LA MANZANA Y EL GUSANO

En aquel lugar, existía un árbol rebosante del más divino de los frutos. Nadie podía tocarlos ni consumirlos. Ni el mismo dueño se atrevía a disfrutar de su néctar, no era capaz de mancillar tan bello fruto.

Su único placer era cuidarlo de la mejor manera posible, tener el agua y los fertilizantes necesarios para su desarrollo. Cada enero, desprendía las ramas innecesarias de su cuerpo. En marzo, cuando llegaba la primavera, empezaba a florecer, el ciclo de la vida en verde, blanco y rosa. Lo cubría con malla anticipando las lluvias o las aves de mal agüero, para que no maltrataran sus retoños o que les provocaran alguna cicatriz. En junio y julio le quitaba el exceso de fruta, dejaba en cada racimo, como máximo, dos frutos, para que pudieran crecer y aprovechar toda la savia de su progenitor. Aparte de sus fumigaciones, para evitar cualquier plaga, sobre todo al gusano, el cáncer de las manzanas.

Para agosto, la fruta estaba en su máximo esplendor.

Un día, un gusano logró traspasar todas las barreras, todas las medidas de seguridad, para alcanzar a la dueña de sus sueños, la manzana más bella, la más esbelta.

—¡Oh, eres divina, hermosa! Ocupas todo mi pensamiento. Te invito a que seamos la misma carne.

—¡Tus palabras me son agradables! Acepto tus loas, amado.

—Te invito a caminar eternamente.

—Cultivemos este amor y esperemos la bienaventuranza.

El hombre veía con asombro la luz que irradiaba de la manzana, ya que era la única de todas las demás, no es que no fueran agraciadas, pero tenían un fulgor natural.

Se sentía bendecido por los dioses, por la tierra, al haberle otorgado tan bello fruto. Ignoraba la presencia del gusano, del amor.

Empezaron a caer los frutos del árbol, al igual que sus hojas, ante la presencia del invierno. Pero la manzana trataba de sostenerse con todas las fuerzas, para preservar su pasión y no caer en el abismo.

El gusano un día se quedó dormido, sufrió una metamorfosis dentro del cuerpo de la manzana, ahora era una palomilla. Un día, despertó lleno de ansiedad y con el deseo de recorrer el mundo. Sin avisar, salió de la manzana, explayó sus alas y emprendió el vuelo a otras tierras.

La manzana dejó de resistir, aceptó el vacío, la caída, el lado negro del amor.

XERO

El día de la desintegración llegó. La mayoría de sus ocupantes se han ido a Ajax, localizado dentro de la liga de La Gran Dispersión.

Xero dejó de ser funcional para la corporación por los altos costos de su mantenimiento y la lejanía de los demás planetas de la Liga; aparte, las unidades secretas han sido instaladas en Obiubi.

La última nave que ha salido de las instalaciones principales, a tres horas de su desaparición, de terminar con los sedimentos volcánicos, de que el láser disparado del Fobos500 penetre en la atmósfera y reviente el núcleo de Xero.

Solo Papadopolus camina por los jardines ficticios, inmerso en recuerdos de viejas historias de los valles del antiguo Jamé, de los días bajo la lluvia y recolección de manzana, del caminar en

las montañas, de cómo cada noche surgía la luna detrás de las montañas; mientras que regaba algunas plantas ubicadas en sus maceteros.

La red de Xero emitió su último mensaje y empezó con la cuenta regresiva para su destrucción, solo a 60 segundos de recibir el impacto del Fobos500 y desaparecer en el vacío del cosmos.

Papadopolus se encuentra sentado bajo la sombra de un árbol, en el interior soleado del jardín botánico, aún con su pensamiento distante, mientras se esparce la luz blanca por todo el planeta, en sus manos sostiene una semilla y varias hojas muertas.

VENUS

Venus está recostada en su cama de piedra, tratando de aquilatar sus pensamientos y no caer en la ansiedad de sus recuerdos. Apartada del glamour de antaño. Encerrada en su habitación carente de lujos.

Mientras tanto, su bebé, Eros, administra los negocios de la familia; por un lado, el ciberespacio, todas las redes sociales, los chats del amor; la carne y la lujuria; los *table dance*; las casas de citas, las compañías cinematográficas profesionales y amateurs.

—¡Madre!, no has checado tu sesión, tus redes sociales.

—No me interesa.

—Han llegado varios correos e invitaciones.

—No tengo ganas de leer ni salir a fiestas.

Fastidiada de acompañar a su nuera a los *malls*, en su frenética carrera por estar siempre a la moda; compitiendo por la belleza; agotada de estar horas y horas en sesiones de salas de bronceado y limpiezas faciales; sin entender el encantamiento de Psique por andar de *shopping*.

—¿Vas a cenar?

—No lo sé.

—Acuérdate de que tenemos visitas...

—¿Quién viene hoy?

—Las muchachas; Ares y Hefestos.

—No quiero ver a nadie.

Hace tiempo que también dejó de asistir a las pasarelas de París, Milán, Londres, Nueva York, Río de Janeiro, Moscú, Tokio, Venecia, Grecia, Roma, Dubái, Ginebra, Tokio, Hong Kong, etcétera; de modelar y firmar contratos para las grandes firmas de la ropa, de la lencería, de perfumería, cosméticos y modelaje.

Dejó de estar siempre en competencia, desde el juicio de la manzana dorada, con Atenea, Hera, Helena y demás modelos del Olimpo: Penélope, Mirra, Medusa... contra la esposa de su vástago. Todo por conseguir el reconocimiento, likes, la fama, la atención de las cámaras y la figura estampada en una portada; de tener que hablar con las Kardashians.

—Han llegado dos ramos de mirtos y rosas.

—¡Regrésalos!

Ya no busca la perfección corporal, pues siempre la tuvo, quiere lograr algo de paz; ya no busca compañía de otros, menos ahora que sus dos grandes amantes: Ares y Hefestos, son socios en la venta de armas; ya no la excitan.

Venus se despide de su hijo y cierra la puerta; se recuesta en su lecho, mientras observa la imagen de un cuadro en la pared, donde una mujer emerge, nace de la espuma del mar.

KEN

Ken evitaba mirar las estrellas.

Temía de su belleza, de no poder explicar lo que sentía por ellas. Siempre con la cabeza agachada y la vista clavada al suelo.

—¿Cómo te llamas?

—Ken.

—¿Por qué no miras al cielo?

—No hay nada.

Ken solo leía, vivía en textos, mitos y leyendas. Salía a pasear únicamente en días nublados y con chipichipi.

—Soy A.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no me ves, no me hablas?

—Eres solo un sueño de un sueño, dentro de un sueño.

EL HOMBRE Y LA Balsa

La vida siempre es un eterno viaje; la búsqueda de nuevos territorios.

El hombre usa la balsa para atravesar el océano.

Al final del viaje, la deja en la orilla, va en busca de su destino.

Un juego de círculos.

Otro hombre toma la balsa y cruza, de nuevo, el océano.

AVISO

En el marco de una relación amorosa, realizada a las 02:30 de la madrugada, en las instalaciones de un motel de la ciudad, la protagonista principal informó que daba por terminado el trato de la unión de cuerpos hasta nuevo aviso o pase de capricho.

Añadió que el paro de cesiones por su parte fue debido a la nula capacidad de respuesta de su amante a sus proposiciones maritales, así como no poder soportar más la desesperación de su mente.

Mencionó que no quiere cometer los mismos errores del pasado y ser tan solo parte de un intento, por lo que buscará a la vuelta de la esquina una nueva oportunidad, otros besos, otras manos, otros cuerpos, sueños nuevos.

Exigió de manera rotunda no ser molestada hasta que ella lo considere necesario, y pueda regresar de nueva cuenta a aquel pequeño cuarto, por lo que expuso que por determinado tiempo no tomará llamada alguna.

Al final, dijo que no espera la restitución de nada, ya que, manifestó

estar acostumbrada a tales acontecimientos, a quedarse sola en las madrugadas, observando la calle, siempre detrás de las ventanas.

WRITER

Sabía que no era nada, esa era la verdad.

No escribía todos los días, y los mejores textos que ha creado se han quedado en la mente.

Sus pensamientos eran una repetición de algo, de letras ya escritas con anterioridad, de algo impuesto.

No esperaba obtener la savia del árbol de la sabiduría, tal vez ni eso exista; todo era un engaño, un sueño, un escrito.

Entendía que lo único que queda es esto, el estar aquí, así.

En los momentos de más angustia se acordaba de algo que contaba Fadanelli que su mujer le preguntaba: “Viejo, ¿cuánto llevas?”, y respondía: “Media cuartilla. Quinientos pesos”. Y ella contestaba: “Entonces, sígueme, viejo, que eso es poco... y hay gastos”.

Aceptaba que su lucha era interna, que no iba a llegar a ningún lado, que sus dudas van a seguir donde mismo, en el costal, dentro del clóset, a un lado de las botas y tachones.

BISNES

—Tú siempre traes unos *bisnes* bien raros.

—Así es la vida —por dar una respuesta, contesté.

Reconozco que la vida, o digamos la cotidianidad, lleva un reloj interno que hay que cumplir, satisfacer o hacer. Pero no siempre se puede.

Por lo general, no; en mi caso muy particular, es algo que no respeto mucho, no por la cuestión de ir en contra o estar fuera de ciertos patrones de conducta social o moral, sino, simple y sencillamente, no se da, o no se me da. Ni siquiera en cumplir con las necesidades básicas. Muchas veces he alterado mi reloj biológico al no dormir, comer o defecar a sus horas correspondientes; si soy sincero, no hay cosa más linda en el mundo, gratificante, sublime, poética, orgásmica, en pocas palabras, la gloria eterna —si es que existe,

y de acuerdo al concepto bíblico— como ir al baño, y dejar ahí la esencia, esa otra parte de nosotros: defecar.

Días enteros he estado sin comer, sin dormir, sin poder ir al baño por la constante embriaguez del cuerpo.

Si enfrento todo lo anterior al deber ser, al responder a, o al cumplir con el trabajo, con lo normal, con lo social etc., ¿qué queda? La locura total. ¿Ahora qué le respondo a este tipo? Nada, absolutamente nada. No son complacencias, no soy la radio.

—Necesito sangre, es una urgencia...

—Okey, víctimas... salgo para allá.

Podría contarle mil historias para satisfacer sus dudas, pero qué caso tiene. Aunque debo aceptar que tiene algo de razón. Siempre que busco a Tren es para mis experimentos o viceversa; para mis coartadas. Tal vez sea cansado, pero hasta el momento, Tren no ha presentado queja alguna.

Aparte de que le serviría la historia —siempre esta apatía—. El hombre topo trabaja, corrige, llora, sufre, vive. “Señor topo. Sí. Buenas tardes, necesitamos dos unidades de sangre”. “Buenas tardes, gracias por avisarme, salgo inmediatamente... sí, sí, sí”. El hombre topo excava galería tras galería en busca de Tren. “Tren, ayúdame, necesito sangre”. “No puedo”. “Por favor”. “Ahora no, más tarde”. “Okey, te espero. Dime dónde y voy”. “Sale”.

“Buenas tardes, vengo a dejar la sangre que necesitan”.
“Qué bien, pase”.

Una vez más en estos cuartos blancos, con las luces incandescentes que me recuerdan las noches de neón en “la zona”. Contestando las mil y una preguntas de la enfermera, que si tiene esto, eso, aquello, lo otro, etc... Que si he tenido relaciones sexuales del tercer tipo, que si me he prostituido o comprado sexo, que en cuántas orgías he estado, drogas, alcohol, condones, tatuajes, etc. En fin, qué le importa —aunque me dijeron que a todo diera una respuesta negativa, salvo cuando me preguntara sobre la cuestión de la donación—. Ya no sé lo que he contestado de tanto no.

Espero que la sangre sirva de algo, y si no, ni modo. Ya está ahí.

AYUDAR A MORIR

Una chica me ha dicho, o bien, me ha hecho una propuesta, según desde el punto de vista que se mire.

—¿Me ayudarías a morir?

—Sí.

Sin pensarlo dos veces, la respuesta fue afirmativa. La razón es simple, si alguien no está conforme con su existencia, no hay por qué retenerla en el aquí, en el hoy, en el deber ser. ¿Qué, cómo, cuándo, dónde, por qué, cuánto, cuál y quién? La respuesta es obvia: no me importa.

Lejos o separado de toda regla ética o moral, de que la vida sea el derecho fundamental o básico que existe, o de leyes que estipulan que nadie puede ser privado de la vida mediante un juicio; simple: respeto su decisión. Cada quien es libre de disponer de su existencia.

No le quise preguntar por qué quería atentar contra su vida; menos por las circunstancias o los hechos que la han llevado a ese punto.

En un orden de importancia —en caso de que lo tenga—, me pregunto qué haré con su cuerpo. Al final de cuentas, lo podría enterrar en cualquier lado. Por otro lado, podría destazarlo, venderlo, manipularlo, disecarlo... no sé.

LA MUERTE

No tardó mucho en encontrarme. En milésimas de segundo, estaba enfrente de mí.

La saludé con una sonrisa y nos sentamos. Le ofrecí una cheve. Traía su capa negra y su guadaña. En el aire se respiraba un aroma grato, lleno de paz y tranquilidad. El frío congelaba el cuerpo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ya lo sabes —contestó con una sonrisa.

—¿Así, a secas?

—Sí.

—¿Ahora a qué te dedicas?

—A lo mismo de siempre, ya sabes. Por la mañana trabajo aquí, más tarde, por allá, y lo que sobra, más allá, por aquellos rumbos.

—¿Descansas algún día?

—No, no hay tiempo —me miró fijamente mientras se terminaba la cerveza.

—¿Deseas comer?

—No, gracias.

—¿Todo lo haces sola?

—No, me ayudan mis primas, las parcas, yo solo vengo por ustedes.

—¿Quiénes son ellas?

—Las que presiden tu destino.

—¿Qué hacen?

—Cloto, que se encarga de tu nacimiento y borda tu destino en la rueca; Láquesis hila los aconteceres de la existencia, y Átropos, que con unas tijeras corta el hilo de la vida. Como ves, yo solo cumplo con mi deber.

—Qué bien. ¿Gustas otra cerveza?

—No, gracias. Me tengo que ir a trabajar —fue lo que dije, mientras estrechaba mi mano y se alejaba.

—Entonces, ¿cuándo? —le alcancé a gritar.

—Hoy no. Despreocúpate. Vive tranquilo. Todavía te queda mucho. Después vendré a tomar otra cerveza contigo.

EN EL CUARTO DE LA ABUELA

Me inculcaron tenerle miedo y me advirtieron que jamás se juega con ella, pero siempre la he deseado y hoy más.

Estoy solo y a lo mejor hasta ella se olvidó de mí. La conocí cuando era niño. Iba para el rancho, a la casa de la abuela, me dio un *raid* una camioneta, al momento de subir a ella, me resbalé y no sé cuánto tiempo quedé colgado de la puerta trasera, ni cuál fue la distancia que me arrastró.

—¿Qué?

—Nada, después, después.

Durante un tiempo escuché pláticas de la gente, amigos y parientes a los que visitó la Muerte. Era lo único que sabía de ella. Nos volvimos a encontrar en el cuarto de la abuela, por la madrugada.

—Vienes por mí.

—No.

—¿Por qué?

—Hoy no, después.

—¿Cuánto tiempo?

—Algún día. Hoy tengo otro encargo.

—¿La abuela?

—Sí.

—Pero...

La verdad era que la Muerte visitaba a la abuela. Llegaba en la madrugada, ya que decía que la noche era su mejor compañera. Siempre charlaban un buen rato y se despedía, esto era todos los días.

Comprendí por qué me habían educado de esa manera sobre la Muerte, de por qué el miedo de toda la familia y conocidos de entrar a ese cuarto. Ni cuando murió quisieron hacerlo, tuvieron que contratar un servicio funerario para sacar el cuerpo de la habitación. Después de la muerte de nuestra abuela, jamás nadie quiso entrar, evitaban pasar por ahí. No me permitían acercarme, pero todos fueron partiendo poco a poco, quedando solo en la casa.

Por las madrugadas. entro al cuarto de la abuela a esperar su llegada. Pero tiene tiempo sin venir, a veces, dentro de la habitación, escucho sus voces y, cuando trato de interrumpir, escucho:

—Después, después.

EL SUICIDIO

“Ya me cansé de todo, creo que no soportaré un día más. La presión es demasiada y estoy a punto de explotar. Mi problemática, más que externa, es interna. Se podría decir que lo tengo todo, pero no es cierto. Reconozco que no carezco de amor, ni sufro hambre, aunque este sea otro. Cada día me cuesta levantarme y ponerme un atuendo nuevo para sonreírle al mundo. No sé qué exista después de esto, pero pienso que será mejor que seguir con esta enfermedad.

“Esto no es nuevo, aunque hay temporadas en las que el dolor crece, el peso es inaguantable. La motivación de querer ver un nuevo amanecer ha desaparecido. Camino por caminar entre una infinidad de caras que no provocan ninguna sensación en mí. Sé que mi familia y amigos deambulan

entre ellos, solo espero no decepcionarlos por no seguir su destino.

“Sé que mañana llegará el dolor, sin embargo, no supera este sentimiento lleno de vacío. No puede haber despedida ni arrepentimiento, solo queda aceptar el final y nacimiento de algo nuevo...”.

Verano del 96. Pedro y Juan saldrían al parque. Motivo: jugar fútbol.

—¡Doña, doña!

—¿Qué escándalo traes?

—¿Pedro?

—Como siempre, encerrado en su cuarto. Pero pásale y háblale.

—Gracias, doña.

—¡Ah, muchachos estos!

Juan toca varias veces en la puerta del cuarto de Pedro. No obtiene respuesta alguna.

—¡Ya, no mames, güey! ¡Vámonos al juego!

Juan decide entrar al cuarto. Al ver aquella imagen cae, y desde muy en el fondo de su garganta, solo logra emitir un pequeño gemido antes de perder el conocimiento. Mientras tanto, en la habitación se escucha el zumbido de una mosca, que en su viaje va describiendo el paisaje inhóspito y desolado, que examina en cada rincón. Pedro, cuerpo inerte, sigue colgado en el ventilador del techo, reflejando en su rostro pálido la muerte.

El verano hermoso. Unos ojos se han escapado de la terrible oscuridad. La realidad se manifiesta a cada segundo. La desgracia habita en la soledad. La pugna de vivir o morir sigue constante. Y la máscara, la máscara no para.

Entre la obscura inconsciencia, una débil luz entra en la mente. La vida, como en cualquier película, se describe de principio a fin: risas, la levedad, la inmortalidad, el olvido, los recuerdos de la vida.

En la niñez, la más grande tragedia, donde el absurdo se disfraza. El eco, la repetición de palabras mal comprendidas. El fanatismo. La muerte.

Juan, entre dormido y despierto, languideciendo. Gente extraña, entre penumbras, veía trasladarse de un lado a otro. Gritos. Llanto. Locura. Desesperación. Todos como locos preguntan ¿por qué lo había hecho? ¿Cuáles eran sus motivos? ¿Qué lo llevó a esa decisión? Juan, en los brazos de sus padres. A lo lejos se escuchan palabras, palabras y más palabras. La tranquilidad ha llegado. Y jamás se irá.

HOTEL CONDESA

¿Cuántas oportunidades te da la vida? Una. ¿Qué pretende un hombre frente a la hoja en blanco? Escribir una historia.

Aunque por principio de cuentas, y no porque implique una suma —que al final de los hechos sí lo será—, sería y es absurdo declarar el uso que hace este hombre de la hoja en blanco. La historia existe. Si es real y verdadera, es una cuestión distinta, aparte de que, y tomándolo al pie de la letra, la vida es sueño, así que diremos que todo es ficción en el mejor de los casos, y volviendo al absurdo, a la hoja en blanco, es raro buscar la equivalencia o usar la analogía de que realmente haga uso de la hoja en blanco. Dicho hombre, y por lo que se sabe de él, escribe. Pero no existen la hoja ni la tinta; hoy son el monitor y el teclado.

¿Cuál es la base de su escrito o la justificación del mismo? Muchas respuestas: ambición,

dinero, una pareja, amistad, relaciones sexuales, lecturas, la conciencia, la coartada perfecta. Demasiados conceptos que ayudan poco. Y al final de las cosas, no existe una excusa. Los hechos son los hechos.

Qué manía tiene el hombre de complicarse la vida, de ser rebuscado para explicar las cosas. Lo más sencillo es precisamente eso, lo sencillo. Vamos, hombre, la historia es sencilla, una pareja, la cual gusta del sexo, termina cometiendo un asesinato. Punto final.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

—¿Tiene cuartos?

—Sí.

—¿Cuánto cobra?

—Ochenta pesos sencilla y 120 la doble.

—Sencilla.

—La paga es por adelantado y necesito que firme aquí.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Tenga la llave: habitación 122.

—La 122.

—Siga por el pasillo hasta el fondo, suba las escaleras, a mano izquierda, la segunda puerta del mismo lado.

—¿Trajiste los globos?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Y luego?

—¿Luego qué?
—¿Entonces no se va a hacer?
—Yo digo que sí. No sé tú.
—Pero... los globos.
—Me salgo antes.
—Antes ¡ni madres! Sin globos, no hay nada.
—Lo siento, Pancho, hoy no cenamos.
—¿Quién es el pinche Pancho, de qué hablas?
—¿Quién crees?
—Tu cosa, así se llama. ¿Él es Pancho?
—No.
—Entonces, ¿por qué lo dices?
—Yo no lo digo... así va el refrán.
—Hoy vamos a necesitar algo más.
—¿Ahora qué?
—¿Cuánto traes?
—Solo lo de los globos y lo del taxi.
—Monedas por aquí, monedas por allá...
—¡No mames!
—Listo... tenemos lo del six.
—¿Se te olvidó algo?
—No.
—Para la otra tengo que traer una maleta.
—Estás loco... ¿para qué?
—Me quiero llevar la estructura de la televisión.
—¿Estás pendejo o qué?
—No.
Vamos. Cogemos.

Vamos. Uno-dos-uno-dos.

Vamos. Se hace el convite.

Vamos. Planchamos.

Vamos. Poleamos.

Vamos. Peleamos.

Vamos. Gritamos.

Vamos. Lubilubaramos.

Vamos. Dormimos.

Vamos. Lloramos.

Vamos. Matamos.

Vamos. Soñamos.

Vamos. Vamos. Vamos...

Put a vida. Maldita jodidez. Sin lana. Y cómo me caga llegar los viernes a casa. No hay nada, nada, nada.

“Hola”. “Hola”. “¿Adóndevas?”. “Aningúnlado”. “Vamos”. “Como quieras”. “Estás enojado”. “No. Molesto conmigo”. “No. ¿Entonces?”. “Nada, pedos mentales... míos”. “¿Seguro?”. “Sí”.

Como siempre, *odinoco sin dengo*, y *spaschacando*, *sni-tando* con una *débochca* para practicar el uno-dos-uno-dos; con los *drugos eslusando* música con algo de *drencrom*. Al igual que una naranja.

Ya no, ya no... Cuántas veces he dicho lo mismo y nada. Basta de vivir en sueños, de querer ser el protagonista de un cuento. Nadie va a escribir mi historia. ¿A quién le podría interesar?

Una vez más en este hotel copulando, escuchando gemidos... provocando gemidos, gemidos, gemidos... dejando el dinero. Y aún no he podido llevarme nada.

Vamos, hombre. No te duermas. Termina la historia...

Una vez más: “Buenas noches”. “Buenas noches”. “¿La de siempre?”. “Sí”. “Firme y listo”. “Okey”.

Juan Quiroga, Nicanor Borges, Hugo Guevara, Ernesto Neruda, Albert Rulfo, David o Julián Herbert, Homero López, Pedro Cortázar, Ramiro Rivera, Michael Sábines, Edgar Bernal, Murakami, Nachon, Chuck... ¿cuántos nombres más? Ya no importa.

—Hoy es la noche.

—¿Qué? ¿Dijiste algo?

—Nada. Vuelvo enseguida.

—¿A dónde vas?

—Voy por unas cheves... préstame tu bolso.

—Te espero.

Así tenía que suceder...

—Pase, ya sabe que está como en su casa.

—Gracias. ¿No se le ofrece nada, un dulce... algo?

—No.

—¿Gusta?

—No se hubiera molestado.

—No es nada.

—De todas maneras, gracias.

—¿Y qué tal va el negocio?

—No me quejo.

—Ya veo.

—¿Y nunca ha tenido problemas?

—Nunca.

No había vuelta atrás...

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Toma tu ropa y larguémonos.

—Pero...

—Hazme caso ya.

—¿Qué pasa?

—No hay tiempo de explicar.

—Tienes sangre en tu ropa.

—Sigues con lo mismo. ¡Camina ya!

La vida tiene un precio: sufrimiento, locura, desvarío, sangre, sangre...

Un hombre tendido detrás del aparador se desangra. Nuestro personaje y su hermosa dama, porque suponemos que es bella, abandonan el lugar, el memorable hotel Condesa, tratando de no caer por las escaleras, sin remordimientos y dispuestos a degustar un vaso de café, como siempre, como cada noche. Ella se servirá uno de moka, él, uno de vainilla. Aunque ambos saben que todo ha cambiado, que tal vez ahora tendrán que luchar con el miedo hasta el día de su muerte, en caso de que surja la culpa.

Un final simple y sencillo, dos personajes en busca de sobrevivir en la selva, en un texto en blanco, en la pantalla del monitor, —tal vez— rescatando a su autor del abismo, de la locura.

ESTOY AQUÍ

Quién dijo que el regreso era fácil. Nadie. Nunca hubo una advertencia que indicara que el camino no es de pétalos de rosas, pero sí de espinas llenas de calvario.

¿Qué espera un hombre de su tierra después de 20 años de ausencia? ¿Que se le reciba como un héroe antiguo o el abrazo de algún conocido —si es que todavía existe alguno— que se acuerde de él? O tan solo llegar y besar el suelo. Gritar: “estoy aquí, estoy aquí, estoy...”.

—¿Y todo para qué? ¿Cuál es el fin?

—Yo solo me quiero ir de aquí.

—Donde sea es lo mismo.

—Eso no me importa. Yo me voy porque me voy.

—Pues que te vaya bien. Tu mal está en la mente, en la mente...

—¿Qué dices?

—Nada. Que te vaya bien. No regreses. Si puedes, nunca lo hagas. Nada será igual. Tú ya no serás tú, ni yo seré yo, ni nadie será nadie, ni nada será nada.

Servirá el sacrificio para el mañana, para la añoranza de lograr conquistar un sueño, de que tal vez la única satisfacción será el viaje. Todo es movimiento. Y que los recuerdos se pueden llegar a convertir en la muerte, su muerte, la de todos.

—¿A dónde va, joven?

—Lejos, muy lejos.

—¿Y qué es lo que busca?

—La ventura.

—¿Y cree lograrla?

—Aún no lo sé, pero más vale morir en el intento que regresar y estancarme donde mismo. No quiero regresar con las manos vacías, sin nada de nada.

Quién diría que el sueño de un hombre, el de todos, tal vez sea amasar una gran fortuna y regresar al pueblo, al útero materno, querer rescatar las tierras donde vivieron sus padres. Y después de tal faena, morir en paz.

—Sí, ya estoy de vuelta.

—Te veo. En realidad eres tú, o eres otro y quieres engañar a estos ojos.

—Déjate de juegos y mira, soy yo. El mismo. El de ayer, hoy y siempre.

—Pensé que jamás volverías.

—Opino lo mismo y, ya ves. De vuelta aquí, para que-
darme.

—¿Ahora sí?

—Sí.

—¿Y qué tal todo? ¿Tu viaje? ¿Tu mente?

—Bien. Todo bien.

—Eso espero, y que el regreso no sea distinto a lo pen-
sado. Que encuentres lo que buscas en tu pasado. Todo ha
cambiado. Todo.

—¿Y tú cómo estás? ¿Qué has hecho?

—Solo mírame. Mírame. Tú dirás.

—Igualito. Eres el de siempre. No has cambiado nada.

—Si así lo ves. Pero basta de tanta charla. Bienvenido
seas. Por fin estás en casa.

Tanta fatiga de tanto trabajo, para terminar solo, en un
pueblo olvidado de todo, donde los recuerdos abundan en
demasía, toman el papel de los fantasmas. Hoy regresa el
hombre, aquel que un día se fue con la esperanza de reco-
brar su pasado. Las dudas son infinitas como querer saber
la verdad absoluta. Y, como siempre, hay que dejar todo en
manos del destino y ver qué es lo que sucede.

—Yo lo conozco.

—Yo también.

—¿De regreso?

—Así es.

—¿Y encontró lo que buscaba?

—Tarde, pero lo logré.

—¿Y sus manos?

—Mírelas. Vacías, pero llenas de todo, de vida, de vida...

—Y mire que no se murió.

—Faltó poco, muy poco, pero uno es terco... estoy de vuelta.

—Pues adiós, una vez más, espero que no sea la última y si así fuera, gusto en verlo.

—Lo mismo digo. Hasta pronto o hasta nunca.

El tiempo pasa, la vida se va en un abrir y cerrar de ojos. Todo es lo mismo, o solo el sueño de querer verlo así. La tierra está donde mismo, el pueblo sigue en pie. El protagonista quiere un pasado que ya no existe, que jamás tendrá, solo le queda enfrentar el presente y esperar el futuro lleno de bonanza, si es que algún día llega.

GRANDES BENEFICIOS

Todo es una imagen, la cual se repite de manera constante en cada rostro que va por la calle. Cada día los ojos captan mil. Todas están muertas, vacías, no reflejan nada, solo monotonía.

Hoy mi rostro es el de todos a la vez, busca un complemento que quite mi ansiedad de vivir. Quizás la solución sea tomar de una vez el toro por los cuernos, aceptar el peso de la realidad y su inmenso caos.

Algunas veces me llamo Pedro, otras, Juan, Nicanor, Jesús, Antonio, José, Jorge, Ismael, Adán, Pixie, Raskolnikov, Petrik, Uzabiaga, Saúl, Herbert, etc. Simplemente mi nombre es cualquier nombre: todos los nombres. Y eso no importa. Todo radica en que alguien se interese por mí o por mi rostro: eso es lo que verdaderamente cuenta.

Sé que no soy un arquetipo, ni mucho menos respondo a un estereotipo, pero eso ya no se sabe, siempre existe un roto para un descosido. Con tanto ajeteo existente, solo sé que mi esencia busca la soledad, la tranquilidad que se ha perdido. Todos corren de aquí para allá. Todo es confusión. Todo es un correveidile. A veces pregunto qué sería si todos volaran, ¿si volaran?

Hace tiempo que acepté esta propuesta, habitar en La Estación. El aviso del periódico no decía más: “Se necesita una persona soltera, sin hijos, dispuesta a viajar. Grandes beneficios”, todo en letras mayúsculas, signos de admiración y negritas. Cuando me presenté en la oficina de empleos, me entrevistaron, a los cinco segundos me dijeron: “Es suyo”, no hubo más explicación y no la sentí necesaria. Al día siguiente, me dirigí al aeropuerto, como había acordado con el empleador. Me subí a un jet privado y empecé el viaje sin saber a dónde. Minutos antes, solo se me entregó una maleta donde estaban las instrucciones a seguir. Me quedé dormido, ya no me acuerdo si soñé algo o no.

—Ya llegamos, señor.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Su destino...

—¿Mi destino? Mi destino. Gracias.

Al bajar de la aeronave, no pude distinguir nada, todo era demasiado luminoso, yo creo que seguía dormido, somnoliento. Transbordé un automóvil y de ahí, a La Estación.

A mi hogar o, cabe decir, mi nuevo hogar, no lo sé, en fin, dejémoslo en mi hogar, sí, mi hogar, suena bien para mi mente.

La Estación es una gran nave, es lo único que sé, algo parecido a un almacén o fábrica, aunque en ratos imagino que es un gran, un enorme granero. Al llegar, me llevaron a una oficina, en la cual solo me dijeron que firmara unos papeles, inmediatamente fui trasladado a mi habitación.

Mi hogar, mi nuevo hogar, es un cuarto totalmente blanco, sus medidas son cuatro por cuatro, cuatro de largo por todos lados: base y altura, todo al cuadrado, bueno, eso pienso, llegué a esa conclusión caminando, cada paso mide o se avanza un metro, siempre son cuatro pasos, cuatro pasos, cuatro pasos, conclusión. Todo está perfectamente proporcionado. Una cama y el baño. Pero lo más importante es el cubículo donde trabajo, es una pantalla en la pared y el sillón donde me siento, aunque este cuadro o situación son la copia de otra igual, o tal vez de algún escrito que leí un día. Soy feliz. Mi única función es que nunca se apague la pantalla, no tengo un horario fijo, puedo dormir y descansar a la hora que me plazca, de vez en cuando se me otorga el permiso de visitar el gimnasio, ya que es al único lugar al que puedo salir, hay que mantener el cuerpo en buen estado. Por lo demás, existe otro personal que nos da la comida y lo que necesitemos para nuestra mejor estancia. Muchos dirían que esto es un encierro, pero mienten. Hago

lo que quiero, no hay quien me mande; mientras siga la pantalla activada, no creo que haya problema.

Me he enterado de que los otros sujetos de aquí, que llevan ya varios años en sus cuartos, no han querido tomar sus vacaciones, es decir, volver a sus hogares, a la normalidad en la que estaban acostumbrados a vivir, digámoslo irónicamente o escribábase: a la realidad. Yo los apoyo. Por el momento no extraño nada de afuera, si quiero algo, solo lo pido y listo, como por arte de magia. Por lo pronto, no pienso volver a mi hogar, mi viejo hogar, ya se lo he comunicado a mis padres, amigos y a la gente que consideraba cercana, aquí estoy bien... últimamente he notado que estos conceptos se están perdiendo en mi interior, y nacen palabras como exprogenitores y exconocidos, debe ser normal después de tanto tiempo, del alejamiento, del acercamiento personal, y de estar siempre aquí.

Hay días en los que el cuerpo, el sentimiento de ansiedad me exige y pide cosas... aunque, no lo sé a ciencia cierta, pero quisiera hacer una propuesta a mis superiores, que se nos otorgue una noche al mes de... Creo que lo único que extraño es el cuerpo de una mujer. Sé que al día veo una infinidad, pero se está despertando el deseo de estar con una en realidad. Tener el contacto y disfrutar el olor, el sudor, el olor, el sabor, el olor...

Lo que no he descubierto es cuál es la función de esta nave, de La Estación. Solo sé que cuando alguien se va, hay dos o tres que lo quieren reemplazar, para muchos es

un sueño llegar aquí. Es como el paraíso prometido, es el retomar algún mito como el de Adán y Eva, que por desobedecer a su creador fueron expulsados, y que su prole busca la redención, el perdón para poder volver a gozar de sus delicias. Así aquí. Nadie quiere partir y todos quieren llegar. Las únicas salidas de aquí son la muerte y la rendición por el pasado... por el pasado. El mío ya no existe. No lo sé a ciencia cierta, pero así lo creo. Me reconforta saberlo.

Nuestra tarea es demasiado sencilla, consiste en estar frente a la pantalla, siempre depurándola. Tenemos una cuenta general y otra privada. En una se recibe la información que requiere la compañía, la cual solo eliminamos, en nuestra cuenta privada están los mensajes del exterior, las relaciones que establecemos por la red, no importa si son falsas o verdaderas, buenas o malas, simplemente lo son.

En la red he desenmascarado la intrascendencia que tiene la vida, todo es una apariencia. La realidad se falsea de manera muy fácil, todo consiste en presentar una imagen y ya. Solo importa la superficie, no su profundidad. Por eso fue que salí huyendo del mundo, de ver cómo todos los días se simulaba más. El nacimiento de dioses, ídolos, mitos nuevos, imágenes sin sentido y sus absurdas alabanzas.

Todo se esconde detrás de una máscara. Hoy todos queremos ser lo que no somos. No existe o tiene sentido tal idea, todo es paradójico, pero real.

Viejas palabras escritas resuenan en mi mente: “nada puede surgir de la nada”. No siempre, pero sí de vez en

cuando, es algo de mi vida anterior. Mitos donde el hombre inventa quimeras, utopías: el ave fénix. Persistentemente falla. Siempre se esconde. No logra nunca la verdad, la cual yo mismo dudo que exista. El final es el mismo, la manipulación de todo. La apariencia y el engaño son lo único verdadero. Y jamás, por el simple hecho de ser humanos, aceptamos que todo es una simple máscara.

La corporación ha cedido a la demanda de sus trabajadores, que pugnaban por tener un departamento de quejas y mejoras. Yo, por mi lado, quiero proponer que de vez en cuando se nos traigan mujeres, no porque aquí no haya algunas, pero es distinto, que satisfagan nuestros deseos carnales, porque me he empezado a cansar del sexo virtual, necesito algo más natural. Fallas del sistema. Tal vez sí, tal vez no. Por otro lado, se deben crear nuevos principios de La Estación, para todo aquel que quiera entrar y sepa a qué atenerse. Al sueño. Lo real. Lo irreal. La separación. La caída. El final.

Me queda la duda de qué es real o, en el mejor de los casos, todo es un sueño, estoy dormido; será una investigación para después. Dejarlo al tiempo. Pregunto qué sería si todos volaran, ¿si volaran?



Este libro pertenece a la colección “LETRAS DEL DESIERTO”, cuya convocatoria fue lanzada por el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo en febrero de 2022, como parte de los esfuerzos permanentes del R. Ayuntamiento de Saltillo para promover y hacer accesible a todos los públicos la cultura y el arte de los creadores de nuestra ciudad.

El tiraje consta de 500 ejemplares, y se terminó de imprimir en septiembre de 2022 en Quintanilla Ediciones.

Cuidado de la edición:
Gabriela Romero Pinto.



LETRAS
DEL DESIERTO



Saltillo
Gobierno Municipal
2022 - 2024



Saltillo nos une.



Instituto Municipal
de Cultura